

poner en él inmediatamente pájaros. Tal es el origen de esa poética, entonces naciente y hoy caduca, que tanto ha brillado en todas las épocas.

El poeta quiere entrar en dicho vergel, halla una puertecita y llama. Ábrele una joven idealmente hermosa y admirablemente vestida. Es la Ociosidad, amiga del Placer. Hácele entrar y le conduce á través de unas calles perfumadas por la menta, el hinojo y los árboles que huelen á incienso, y llenas por el encantador gorjeo de las aves, porque el canto de las mismas le recuerda los cantos de la iglesia, que son el eco de los coros angélicos.

En un pradecillo había unas parejas que bailaban y que invitaron al extranjero á tomar parte en su diversión. Allí brillaban el Placer elegante y su amiga la Licencia, la Belleza y su caballero el Amor, la Largueza con un sobrino del rey Artús, la Franqueza, la Cortesía y la Juventud.

Después de haber admirado el baile, visita el poeta el vergel, al que dan sombra los más hermosos árboles del mundo y cuyo ambiente refresca una fuente monumental de ornamentación suntuosa que despide mil destellos. Es la fuente que inspira el amor á los que se miran en sus aguas, resplandecientes con el brillo de las pedrerías que tapizan su lecho.

El poeta, con imprudente ignorancia, se mira en ella y ve en la misma reflejarse todo el vergel, con rosas muy hermosas de las que quiso coger una que estaba aún en capullo; no pudo conseguirlo y se enamoró de ella. Porque el Dios Amor le había seguido y le había disparado todas las flechas de su carcaj. Tuvo que rendirse y someterse á sus leyes: el Amor recibió sus homenajes, le cerró el corazón con una llave de oro y le reveló los secretos de su arte.

Después de marcharse el Amor, meditó el poeta en los medios de saltar los espinosos setos que le separaban de su amada Rosa, cuando se le presentó la Amable Acogida y se ofreció á ser su guía. Pero al acercarse á la Rosa, fueron rechazados por las amenazas del Peligro que velaba á su lado en compañía de Mala Lengua, Miedo, Vergüenza (hija de la Mirada que echó la Razón á Mala Acción).

Habiendo fracasado el primer asalto, preséntase al poeta la Razón que trata de disuadirle de obedecer al Amor. El poeta amante no da oídos á la Razón y confía su pena á Amigo.

Éste se pone en campaña para servirle y, con nuevos auxiliares, especialmente la Franqueza y la Piedad, desarman al Peligro y penetran en el cercado de las Rosas. El poeta deposita un beso amante sobre su adorada Rosa.

Semejante audacia siembra el escándalo en toda la región. Mala Lengua refiere el caso á todo el mundo y salpimenta su relato con

calumnias; los Celos están furiosos; agítanse el Miedo y la Vergüenza y se encoleriza el Peligro: en fin el Poeta se ve arrojado y, á fin de que la Rosa esté mejor guardada, la cercan con un muro alto y fortificado con torres en que hacen buena guardia el Peligro, armado de su maza, la Vergüenza, el Miedo y la Mala Lengua. El poeta derrotado gime y se lamenta. Aquí termina el poema de Guillermo de Lorris.

Juan de Meung recogió la pluma caída de las moribundas manos de su antecesor.

Un manuscrito de la biblioteca de Bruselas contiene únicamente esta primera parte de Guillermo de Lorris, la cual termina con 80 versos desconocidos, que no se sabe si son del mismo Lorris ó si constituyen el desenlace que suprimió Juan Clopinel para reemplazarlo con sus 17.776 versos. Es muy probable que estos 80 versos sean apócrifos. Examinemos ahora la obra de Juan de Meung.

Al ver la Rosa protegida por un muro inexpugnable, el Amante, desesperado, piensa en la muerte. Reaparece la Razón y trata una vez más de librar al desdichado de la esclavitud del Amor, del que le hace una horrible pintura, agravada por el análisis del tratado de Cicerón sobre la vejez, con una disertación acerca de la Amistad (también de Cicerón, *de Amicitia*); acerca de la Fortuna, de la que hay que guardarse; acerca de la Caridad y de la Justicia, acerca de Apio Claudio y de Virginia, y por último acerca de la Virtud, del Poder y de los Reyes. ¡ Oh, qué Razón tan habladora, prolija é interminable! Inmediatamente la emprende de nuevo, extendiéndose con facundia acerca del Amor y deduce que la Razón es la única mujer que hay que amar, despreciando al Amor y á la Fortuna, como hicieron Sócrates y Diógenes. Por lo que hace á la Fortuna, no hay nada más fácil que sustraerse á sus halagos. Es una falsa deidad de que nos habla extensamente el poeta, imitando el *Anticlaudio* de Alano de Lila y la *Consolación* de Boecio y acumulando algunos ejemplos de Nerón, de Crespo, de Manfredo, de su sobrino Conradino y de otros. Y como el poeta echa en cara á la Razón su crudeza de lenguaje, ésta explica en seguida sus ideas acerca de la propiedad de las palabras y de la preocupación de las ideas. Pero basta ya; el poeta saturado de los razonamientos de la Razón, la abandona y va á buscar al Amigo, del que recibe consejos, que son una adaptación del *Arte de amar* de Ovidio, acomodado á la época. Es el manual del caballero perfecto que, cual los personajes de *Lanzarote*, entonces muy leído, debe imitar á Gauvain el Bien Hablado, no parecerse á Keu el Vanaglorioso y llevar zapatos estrechos y puntiguados que causen la admiración de los villanos. Hablan luego acerca de los medios de poner en libertad á la Buena Acogida, que puede de nuevo favorecer al Amante y ayudarle á aproximarse á su Rosa. ¿Cómo corromper á sus guardianes? Del mismo

modo que se seduce á las mujeres, es decir por medio de regalos que llevan la Riqueza á casa de la Pobreza: aquí traza el poeta el cuadro de la Pobreza. Á las mujeres les gustan los bienes de la tierra. En otro tiempo no sucedía así. Esta palabra *otro tiempo* sirve de punto de partida para hacer una excursión á lo pasado, y vamos tropezando de digresión en digresión hasta la edad primitiva del hombre prehistórico. Se nos cuenta, según Virgilio y Ovidio, cómo se formó la sociedad y se impusieron leyes á los seres salvajes hasta esa época. Hubo entonces matrimonios: á este propósito traza el poeta el cuadro del matrimonio y refiere algunas escenas domésticas. Volvemos al tema de la edad primitiva de la humanidad, que sirve de comparación con las costumbres actuales para vilipendiar estas con ingenio y malicia. Á lo menos en aquella época no se conocía el valor de las piedras preciosas, ni había ladrones ni poderes públicos ni mujeres desvergonzadas; las mujeres no salen muy bien paradas y, á propósito de ellas, el Amigo renueva por su cuenta los consejos de Ovidio en su *Arte de amar*.

El poeta se dirige entonces hacia la Riqueza, que le recibe con frialdad, pero que sin embargo le prodiga consejos muy útiles acerca del peligro que hay en querer enriquecerse á riesgo de encontrarse con la Pobreza y el Hambre; esta última vive en un campo pedregoso donde no crecen ni trigo ni malezas.

Al separarse de su verbosa interlocutora, el Poeta se pasea por el vergel, donde se le acerca nuevamente el Amor para echarle en cara el haber tenido demasiado en cuenta los consejos de la Razón; y al fin hablan de la Rosa que habíamos perdido de vista con tantas digresiones.

Ya estamos en campaña; hay que libentar á la Buena Acogida, que favorecerá el acceso del Poeta á la Rosa. Aquí pasa el Poeta revista á los poetas eróticos á quienes ha visto morir el Amor. Fórmase un ejército y marcha al asalto de la fortaleza, porque el Amor quiere que el Poeta llegue hasta la Rosa, pues está seguro de que más tarde cantará el Amor en un poema que continuará Juan de Meung después de Guillermo de Lorris. Ya están formados los batallones: Falso Semblante, Cortedad, Cortesía, Largueza y Discreción dirigen el asalto contra los guardianes de la Rosa y de la Buena Acogida, que son Mala Lengua, Vergüenza y Miedo. En cuanto á Venus, madre del Amor, simboliza la pasión física, demasiado distinta del amor cortés para figurar en este ejército. La Riqueza rehusa sus servicios. El Amor se vengará arruinando á los Enamorados. Falso Semblante explica largamente que tiene su puesto señalado en aquella batalla, como lo tiene en todas partes, pues reviste en el mundo los más variados trajes, ya religiosos, ya civiles: aquí viene una sátira larga y virulenta contra las órdenes religiosas, especialmente las mendicantes, que hacen el gasto de multitud de cuentos mordaces en la edad media.

Al fin nos acercamos á la meta, que es la libertad de la Buena Acogida para que permita al poeta aproximarse á la Rosa.

Divídese el ejército en cuatro cuerpos que atacan el castillo.

Falso Semblante, disfrazado de peregrino, se acerca á Mala Lengua, la estrangula y se la corta con la navaja de afeitar que llevaba oculta en la manga.

El castillo es tomado por fuerza y la Buena Acogida, puesta en libertad, sonríe al Amante, que se cree inmediatamente autorizado á apoderarse de la Rosa; pero ésta es defendida por el Peligro, el Miedo y la Vergüenza que castigan nuevamente á la Buena Acogida y arrojan al poeta Amante.

Continúa la resistencia. El Peligro arroja á la Franqueza, pero es muerto por la Piedad que, á su vez, sucumbe á los golpes de la Vergüenza. Tenemos una gran batalla conforme al gusto épico. El Amor pone en movimiento las reservas y llama á su madre Venus. Ésta, que volvía de una partida de caza con Adonis, acude y declara guerra sin cuartel á la Castidad.

Todo esto no acabaría nunca, si la Naturaleza no tomase cartas en el asunto.

Hay una hermosa página de Tolstoi que representa á la Naturaleza en su antro. Se halla muy ocupada, y el filósofo se estremece al ver aquella mujer colosal inclinada sobre su obra. Entonces le pregunta:

— ¿Qué estás haciendo? ¿Te ocupas sin duda en uno de esos grandes problemas que atormentan á la humanidad, como el pauperismo, la guerra, y las enfermedades?

— De ninguna manera, responde la Naturaleza. Estoy buscando el medio de hacer más potentes los músculos de la pierna de la pulga, porque no tiene bastante agilidad para huir de sus enemigos.

— ¡Cómo! ¿No te preocupas únicamente de los hombres, tus hijos?

— ¡Todos los seres vivos, responde la Naturaleza, son iguales en mi presencia!

Es poco probable que Tolstoi haya leído el *Poema de la Rosa*, porque de otra suerte podría creerse que ha tomado de él el asunto de su apólogo, pues Juan de Meung nos representa á la Naturaleza, en su fragua, ocupada en proteger á los individuos para la continuación de las especies.

Aquí intercala el poeta una digresión para establecer el paralelo entre la Naturaleza y el Arte, el cual es impotente para crear la vida ni con la pintura ni con la escultura, ni con la alquimia, que puede analizar y descomponer, pero que es incapaz de síntesis y de creación.

La Naturaleza conversa con su capellán el Genio, con quien desea confesarse y que empieza por recomendarle que no se conduzca como mujer, pues la mujer es el ser más perverso; y á este propósito lanza una sátira cruel, que no es la primera del poema.

La Naturaleza se confiesa con él y, al hacerlo así, expone el estado de los conocimientos cosmogónicos, metafísicos, astronómicos y físicos del autor. El Genio conquista el ejército que asalta el castillo, donde está presa la Buena Acogida, y arenga á los barones para recomendarles que sigan las leyes de la Naturaleza; y con este motivo, les hace una pintura virulenta de los vicios de la época. Diríase que el capellán, con la punta de su báculo, ha reventado una postema de la que manan en abundancia sangre negra y materia. Terminada su arenga se da el asalto que nos procura la ocasión inesperada de oír la historia de Pigmalión. La Vergüenza y el Miedo quedan derrotados y la Buena Acogida concede al fin la Rosa al Poeta, que la coge y se despierta en aquel momento. Esto tiene lugar en el verso 22.046, que es el último.

Tal es, en sus líneas más generales, este prodigioso poema que tuvo un éxito colosal. Puede calcularse en 200 el número de manuscritos que existen aún y por ellos puede deducirse el de los que se han perdido. Esta humilde Rosa interesó á todo el mundo conocido. Flamencos, italianos é ingleses tradujeron el poema. Sus escenas decoran gran número de tapices del siglo xiv. La imprenta, en su origen se pone al abrigo de la graciosa flor y difunde profusamente su imagen poética. En el siglo xvi la moderniza Marot, y Ronsard no oculta el placer que le causa este poema del que Baif saca un soneto. Á Esteban Pasquier le enamoran sus deliciosas sentencias, sus hermosas locuciones, sus sabios tratados, sus rasgos de locura y su ciencia teológica, y compara á Dante con los dos poetas de la Rosa « que han conservado su obra y su memoria hasta el día en medio de una infinidad de autores sepultados con ellos en el féretro tenebroso ».

En realidad el poema de la Rosa no fué nunca completamente olvidado por los literatos. En el siglo xvii, Honorato d'Urfé, la señora de Scudery y sus émulos le deben mucho más de lo que se cree. En el siglo xviii, Lenglet du Fresnoy lo saluda como nuestra Iliada y lo reimprime; Lantín de Damerey hace otro tanto; en este siglo Méon, F. Michel y Marteau no han logrado galvanizar este éxito que ya iba decayendo. Hasta causaría asombro que tan fastidioso poema hubiese disfrutado tal favor, si no se tuviese en cuenta el encanto que nuestros antepasados encontraban en estas disertaciones amorosas ó políticas que eran entonces muy atrevidas.

Las dos partes que componen el poema son tan diferentes que podrían oponerse una á otra, cual si la segunda fuese la palinodia de la primera.

En el poema de Guillermo todo es primorosa delicadeza y cortesía refinada. Las alegorías son encantadoras y graciosas; las descripciones exquisitas; los retratos, especialmente los de los personajes que adornan el muro del recinto, están trazados de mano maestra.

Sin embargo, la parte de Juan Clopinel fué la que más éxito tuvo por sus tendencias revolucionarias, satíricas y enciclopédicas; sus divertidas diatribas contra los monjes y las mujeres, sus interminables compilaciones, que hacen de ella una verdadera *Suma* en una época en que las enciclopedias eran aún posibles, y hasta la indecencia de los detalles y la copiosa charla agradaron y sedujeron al público. Agréguese á esto que el tal Juan Clopinel es un poeta, ó mejor dicho un gran poeta, y son verdaderamente admirables las páginas hermosas en que compara la vida descuidada del mozo de cuerda con la del banquero; en que detalla los retratos de Falso Semblante, de la cortesana Tabernaria y en que hace pinturas estudiadas y exactas de la naturaleza, de la tormenta y de la primavera, todo ello en un estilo tal que la lengua francesa no había visto hasta entonces nada igual y que parece haber sido el hombre que habló mejor francés en su tiempo.

La composición, lo mismo que en su predecesor y más aún, es caótica y está llena de ingenuas incoherencias. Pero conviene señalar el sentido democrático y plebeyo de las teorías acerca de la monarquía y los reyes « servidores de los pueblos ». También merecen notarse la sátira contra las órdenes religiosas<sup>1</sup>, las disertaciones sobre la compatibilidad entre el libre albedrío y la presciencia divina, la ciencia inmensa sacada de Aristóteles y de los árabes y la gran erudición en materia de literatura clásica.

Juan fué leído, apreciado, discutido, combatido y vilipendiado según los casos. Desde su aparición le ataca Digulleville y otros le defienden; tenemos pues la batalla y por lo tanto el éxito.

¿Qué diferencia entre él y el dulce Guillermo! Este último ponía en su poema, como divisa, un homenaje á la mujer amada:

A celle qui a tant de prix  
Et tant est digne d'être aimée  
Qu'elle doit être Rose clamée<sup>2</sup>.

De aquí nació el nombre de su obra, *Poema de la Rosa* « en que se halla incluido todo el arte de amar ».

Juan reliza una obra impersonal, desinteresada, de alcance general,

<sup>1</sup> También en los poetas y escritores españoles de aquella época abundan las diatribas contra los religiosos. Recuérdense los rasgos de la *Celstina* y, en particular, los satíricos versos del Arcipreste de Hita:

Monjes, frailes, clérigos non toman los dineros  
Bien les dan de la ceja do son sus parcioneros.  
Luego los toman presto sus omes despenseros  
Pues que se dicen pobres ¿ qué quieren despenseros?  
(*Antología de poetas líricos*, de Menéndez Pelayo, tomo I, p. 34). (N. del T.).

<sup>2</sup> A aquella que es siempre en tanto estimada  
A aquella que es digna de ser tan amada.  
Y debe por Rosa ser siempre aclamada.

filosófico y social. Guillermo es un poeta amable, cortés, elegante, delicado y mundano; Juan es un espíritu vigoroso y atrevido, atiborrado de ciencia, positivo, crítico y militante. El uno es apacible y gracioso, el otro hiere y asesta los golpes de su lira á la cabeza de sus hermanos. El uno adora y adula á la mujer, el otro la execra; el uno coloca el amor muy alto y el otro lo reduce á una necesidad fisiológica; el primero enseña el arte de amar y el segundo el de engañar; muéstrase el uno primoroso y el otro místico, iluminado y brutal; el primero es un aristócrata, mientras que el segundo es plebeyo. Á decir verdad, Juan no fué el continuador de Guillermo; yuxtapuso su obra á la del primero, como se suele ver una oficina austera adosada al muro de un elegante palacio.

Sin embargo en las dos partes del poema domina un carácter esencial y capital, la alegoría.

Hay dos grabados de principios del siglo XIX que representan ambos el mismo paisaje y el mismo asunto. En medio de un tranquilo río que baña una pradera y cuyas orillas cubren floridas enramadas, hay un viejo y un niño sentados en una barca.

El viejo, calvo, con luenga barba blanca y una guadaña en la mano, como es fácil reconocer, es el Tiempo.

El niño con alas en la espalda, cabellos rizados y un carcaj, es el Amor.

Entre ambos grabados no hay más que una diferencia.

En la primera rema el Amor y se lee esta frase: « El Amor hace pasar al Tiempo. »

En la segunda es el Tiempo quien maneja los remos y tiene debajo la siguiente leyenda: « El Tiempo hace pasar al Amor. »

He aquí explicado todo el procedimiento alegórico del *Poema de la Rosa*. Personificar sentimientos, acciones y abstracciones, hacer jergológicos con las cualidades y los vicios: tal es el secreto de toda su retórica y el procedimiento tan cándido como ingenioso.

Nosotros decimos:

En el corazón del amante luchan á veces el amor y la razón.

Ó bien:

La joven ve contenidos sus sentimientos amorosos por el pudor, el miedo ó la vergüenza; la ablandan, la compasión y las dulces miradas; defiéndese además á sí misma con la castidad y se siente alarmada por la calumnia y por la envidia; en fin, durante largo tiempo le impide todo esto hacer buena acogida al que la ama. He aquí, en su mayor parte, todo el *Poema de la Rosa*. Personifíquese cada término, individualícese cada abstracción, como para formar una charada, dénse á esos seres imaginarios un traje y una fisonomía, colóquese en medio de la brillante decoración de un jardín florido y complétese esta transposi-

ción, esta traducción de lo abstracto, en imágenes y figuras como se ve en las antiguas Biblias á Dios Padre en traje de emperador con blanca barba y, en las catedrales, á la Filosofía y á la Sabiduría en forma de estatuas con atributos, y como hacemos aún hoy mismo nosotros cuando adornamos nuestros monumentos oficiales con estatuas ó pinturas alegóricas de la Agricultura ó de la Industria ó de la Ciudad de París; dibújese la frase, háganse materiales y sensibles todos los elementos, merced á un hábito muy arraigado en la edad media en que era preciso enseñar con lecciones de cosas á ignorantes incapaces de leer; reemplácese la expresión sutil é impalpable con actores fantásticos, y obtendremos la traslación completamente natural:

— El Amante se encuentra con la Razón que le aconseja que no le de oídos al Amor.

Ó bien:

— La Rosa se halla guardada por el Pudor, el Peligro, el Miedo, la Vergüenza y la Castidad que impiden que la Buena Acogida le presente á su Amante.

Es éste un puro trabajo de versión y sería igualmente fácil aplicar el mismo reactivo al *Discurso del Método* de Descartes, presentando, en una graciosa cuadrilla, á la Razón y á la Evidencia teniendo por parojas á la Certeza y al Espíritu.

El Sr. E. Langlois ha defendido muy sabiamente á los autores del *Poema de la Rosa* del reproche de haber encaminado la poesía por el fastidioso sendero de la alegoría. Ésta existía antes que ellos, y no han hecho sino consagrarla. « Su influencia es real, incontestable, pero no es la de un novador que altera los hábitos del espíritu y que revoluciona un arte introduciendo en él nuevos procedimientos; es la de una inteligencia superior que da á un género la consagración de su talento y de su superioridad. » ¿ Por qué fué fastidioso el abuso de la alegoría? Porque no hay nada más fácil; es un género que, por definición y por necesidad, exige la ausencia de observación real y de sentimiento verdadero. Hay que ser un maestro para triunfar en él sin peligro. El *Poema de la Rosa* y la *Divina Comedia* son dos ejemplares raros de semejante éxito.

Pero la alegoría, según ya hemos dicho, no es la hija única de las canciones de gesta, que también han dado á luz gran variedad de aventuras heroicómicas y de cuentos maliciosos. Los troveros desaparecieron antes que los autores de *fabliaux* y los cantores de *Renard* que vamos á presentar.